

Faco Blázquez

Histriónico, duro, fanfarrón, egocéntrico, rudo, dado a realizar bromas pesadas o de mal gusto, aunque él no lo veía así, Faco Blázquez, parece fue alcalde de Yeste y contaba con vivienda y tierras en la aldea de Bochorna, como otros habitantes del pueblo como Pepe Reyes y los Bonache.

Por **Julia García Juárez**

Este personaje del que oí hablar en mi infancia despertó siempre mi antipatía y desagrado; sus bravuconadas, barrabasadas o bromas a sus adversarios políticos y vecinos, y de las que tampoco escapaban sus amigos, siempre me resultaron desagradables. Cuestión de sensibilidades.

La desaparición de los archivos municipales durante la guerra civil dificulta la determinación de si fue un personaje real o es una leyenda más. Aunque los testimonios de los vecinos de la aldea parecían situarlo en la posguerra o en la década de los treinta. Tampoco me ha suscitado nunca mayor interés que el protagonista de cualquier novela.

Hoy se ganaría la desaprobación de animalistas, defensores del medioambiente, de las feministas... De cualquier persona sensata y recta. En absoluto era políticamente correcto. Le gustaba dar la nota. Y la daba.

Resulta imposible contar todas las anécdotas que figuran sobre él. Las mismas recuerdan a uno de esos personajes del realismo extremo o a esos hombres brutos, tremendos, incultos... que describe Cela en sus libros. Me lo imaginaba así, corpulento, de lengua hiriente, mordaz, sin vergüenza.

Residía en Yeste, ocasionalmente contaban los viejos se desplazaba al cortijo, donde vivía en la Casa del Paraor. Puesto que conocí esta casa, oscura, con humedades, sin más ventilación que la que entraba por la puerta, pegada a la cuadra y con un porche encalado donde dejaban los arreos y aparejos de las mulas, he dudado muchas veces de la existencia de Faco Blázquez, pese a que los vecinos lo atestiguan.

Entre las muchas historias contadas sobre él, recuerdo aquella que decía que una vez reunió en la casa a sus oponentes políticos con motivo de tratar asuntos colectivos y para ello les invitó a una comilona. Días antes acordó con un zagalón de la cortijada que una vez estuviesen dentro y él hubie-

ra cerrado a cal y canto las puertas debía meter por la gatera un manojo de carretillas encendidas. El sobresalto, el susto y la algarabía ocasionada por el estruendo de las carretillas es imaginable ante el regocijo y satisfacción del "anfitrión" que calificaba el incidente como "cosas de chiquillos".

No contento con ello, al final de la comida agasajaría a sus comensales indicándoles que el menú "arroz con conejo" al que habían sido invitados no era sino "arroz con gato". Desconozco si negro. Sería el colmo.

Víctimas de sus fechorías eran también sus amistades, las mujeres y los animales. En otra ocasión contaban que, molesto ante la presencia de un viejo perro, cubrió su lomo con hierba yesquera, ató una cuerda en cuyo extremo colgaba una piña a la que prendió fuego. El perro asustado salió aullando camino del Collado y nunca más se supo de él y prendiendo llamaradas.

Así era. Recuerda Faco Blázquez a esos personajes del género tremendista relatado por Camilo José Cela en su libro "La familia de Pascual Duarte". Hombres que recuerdan la novela picaresca o que podían inspirar la novela social de los años treinta o los del naturalismo del siglo XIX.

Realismo puro. Personaje como los que ambientaron la España de posguerra. Es así que la historia de Faco Blázquez parece una de esas historias de las zonas rurales, de hombres que viven en un ambiente entre lo grotesco y lo sórdido, hasta tal extremo que resulta repulsivo. Tal vez por eso el personaje me impactó tanto. Todas las anécdotas referidas a él resultaban truculentas, rudas y crudas.

¿Lo exculpamos? "Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo", así empieza el libro de Camilo J. Cela. Juzguen, si es que hay que hacerlo, ustedes mismos, lectores. Para mí no deja de ser sino la muestra de una de las caras de la condición humana ■